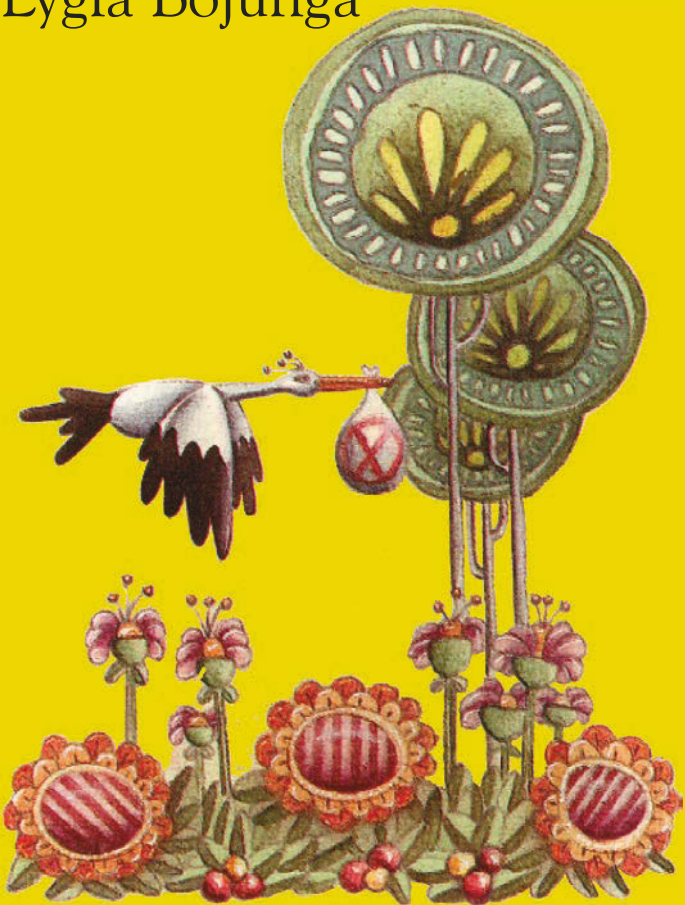




Ilustraciones de Edgar Rodéz

Angélica

Lygia Bojunga



Norma

Angélica

Angélica

Lygia Bojunga

Traducción de Montserrat Ordóñez

Ilustraciones de Edgar Ródez

 **Norma**

mx.edicionesnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Ciudad de México,
Guatemala, Lima, San José, San Juan
y Santiago de Chile.

Título original en portugués:

Angélica

de Lygia Bojunga

D.R. © 1975 Lygia Bojunga

D.R. © 1989 Editorial Norma

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra

sin permiso escrito de la editorial.

* El sello editorial “Norma”, está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México – *Printed in Mexico*

Primera edición: febrero de 1989

Tercera reimpresión: julio de 2010

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra

s in permiso por escrito de la Editorial.

Impreso en México - Printed in Mexico

Traducción: Monserrat Ordóñez

Ilustraciones: Edgar Ródez

Edición: Cristina Puerta y Ana María González

Diagramación y armada: Blanca Oliva Villalba P.

Elaboración de cubierta: Patricia Martínez Linares

ISBN 10: 958-04-0805-X

ISBN 13: 978-958-04-0805-5



Contenido

I El puerco	9
II El disfraz	21
III Puerto sale a buscar trabajo y acaba encontrando algo muy diferente	29
IV La cigüeña	43
V Puerto lucha para probar que es hombre	49
VI El paseo	63
VII La idea	69
VIII “Angélica”	75
IX Los actores	113
X Los ensayos	131
XI La representación	143

*Para Peter y Flavia
de Silveira Lobo*



Capítulo I

El puerco

Le habían dicho:

—¡Qué buena es la vida!

Él era muy pequeño todavía, no sabía bien qué era vivir, estaba loco por saberlo de verdad; pensó un rato, acabó preguntando:

—¿Cómo se entra en la vida? ¿La vida tiene una puerta? Y después de golpearla... ¿abren?

Le contestaron riendo:

—No, la vida no tiene puerta. Nacemos en el cielo y después las cigüeñas nos traen a la tierra.

Él nunca había visto una cigüeña, pero de todas formas le pareció que la historia estaba mal contada y acabó diciendo que no la creía. Entonces le dieron otra explicación:

—Es Papá Noel el que nos trae a la vida.

Bajó los ojos: sabía muy bien que Papá Noel era inventado. Entonces le dijeron, señalando con el dedo:

—Sí, hay una puerta para entrar. Queda allá lejos.

Miró desconfiado hacia allá.

—Si te portas bien, llamas a la puerta de la vida y te abren. Si no te portas bien, no te abren.

Él continuaba mirando a lo lejos. Mirando y pensando: “Qué vida ésta, me están engañando de nuevo”. Suspiró. Cuando creciera, no iba a dejar que le hablaran de esa manera; cuando creciera, no iba a dejar que nadie se riera de las preguntas que hacía. “¿Y si fingiera que creo lo que me dicen los grandes? ¿Y si fingiera que allá a lo lejos de verdad hay una puerta? ¿Y si voy allá a golpear y me abren la vida? ¿Y si entrara?” Se rio. “Apuesto a que si yo entrara se quedarían con una cara de este tamaño”. Caminó decidido hacia la puerta. Golpeó. Abrieron. Le miró la cara

a la vida y le gustó. Puso su nombre en un enorme libro que guardaba el nombre de todo el que pasaba por allí, y entró.

Así hacía con todo lo que no entendía: fingía creer en las respuestas que le inventaban y punto. Y pensaba: “Cuando crezca lo voy a entender todo; cuando crezca ya no voy a tener que fingir”. Pero por ahora aún era muy pequeño. Y estaba solo. Porque la vida de los puercos es así: se quedan pronto solos; separan a toda la familia, a unos para comérselos ahora, a otros después.

Pues así es: él era un cerdito. Oscuro, tenía un nudo en la cola (un nudo ciego, para colmo), unos ojos muy vivos que lo miraban todo sin parar y un modo de andar muy divertido, bamboleante y presuroso¹.

Salió por la vida descubriendo, ahí afuera, cada día, algo nuevo: sol, fósforo, color y gente, estrella, avión, casa, máquinas y ruido, autos que pasan. Anduvo hasta donde se acababa la ciudad y allá descubrió flor y bosque, silencio y más color; y, de repente, descubrió un lago. Era muy temprano en la mañana, todo el mundo estaba durmiendo, y el lago también. Un

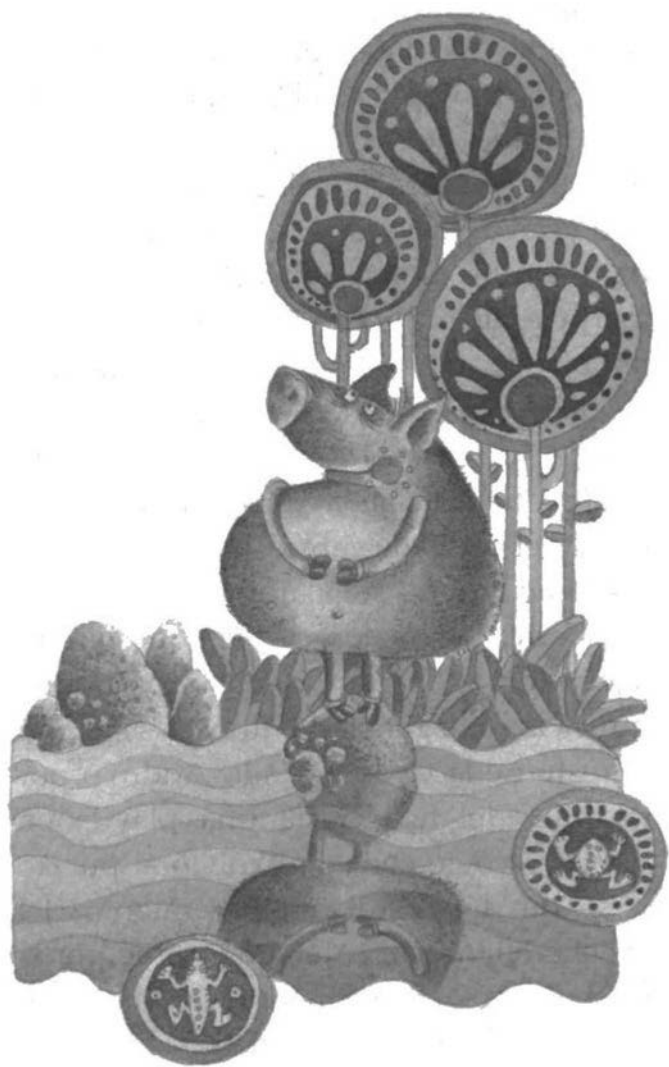
1 ¡Tenía mucha prisa de crecer!

sueño quieto, que no dejaba que se moviera ni un pedacito del lago. El agua entonces servía de espejo. El puerco se inclinó hacia el agua y se entusiasmó:

—¡Hola! —gritó. Y siguió mirándose. De frente, de perfil, de todas las formas posibles. Guiñó el ojo, hizo gestos, intentó quitarse el nudo del rabo, pero sintió tantas cosquillas que acabó desistiendo (no hay cosa que dé más cosquillas que querer deshacer un nudo de nacimiento), arrancó una hierba del suelo y se la enroscó al cuello como si fuera una corbata, dio unos pasos bamboleantes y acabó decidiendo:

—¡Caramba, vida, tú estás muy bien! ¿Lo sabías? —y entró al agua para abrazarse. Casi se muere de felicidad: nunca había pensado que el agua fuera tan buena. Se convirtió en uña y carne con el lago, no quería que le hablaran de salir de allí, creía que no iba a descubrir nada mejor. Pero lo descubrió. Fue así:

Un día iba andando y de repente oyó: Uuuuuuuuuuuuu. Era un pito. Pesado. Sofocado. Ya había oído antes muchas Us, pero ninguna tan buena como aquéllas. Siguió detrás del pito, anduvo un buen rato, acabó por llegar al puerto: el que estaba haciendo U era un barco. Se paró con los ojos muy abiertos viendo el mar, viendo



el puerto, viendo aquel barco tan blanco, tan grande, lleno de banderitas diferentes, que hacía una U tan fuerte.

—¿A dónde va? —le preguntó a la gente que trabajaba en el muelle, llenando el barco de carga.

—Hacia allá —señalaron.

Él miró, pero sólo pudo ver que *allá* era lejos. Tan lejos que vio en seguida que nunca iba a llegar allá. Entonces se quedó el resto de la tarde por allí. Anduvo por la orilla del mar hasta una playita en donde recogió conchas. Volvió al puerto y se quedó viendo el movimiento del muelle, viendo el barco que se fue por la nochecita pitando con su U bonita y agitando las banderitas al viento. Entonces pidió una fotografía del puerto. Y se la dieron. Había un montón de cosas en la fotografía: el barco, el mar, la gente que trabajaba, el cielo, y estaba él —Puerco— mirando el puerto.

Durante muchos días volvió allí. Después se fue a descubrir cosas nuevas. Adoraba la vida; se reía de todo; parecía no haber nadie más feliz que él.

Un día, sin embargo, le dijeron que no podía andar sin rumbo.

—No voy sin rumbo: estoy descubriendo las cosas —dijo él.

—No puedes vivir así: tienes que ir a la escuela, para aprender a leer y escribir.

Y entonces allá fue.

Apenas entró en la clase, les dijo ¡hola! a los compañeros, y se puso a mirar a todo el mundo con atención para ver de quién se haría amigo. Pero lo miraron de medio lado, le respondieron con un hola serio y pequeñito, y en el recreo nadie se acercó a él. Ni en los otros recreos que vinieron después.

Una tarde, el profesor anunció que iba a haber reunión de padres.

—Yo no tengo padre, señor —dijo él.

—Puedes traer a tu madre.

—Tampoco tengo madre, señor.

—Entonces a un hermano mayor.

—Pero no tengo hermanos...

—Trae a un amigo, y listo.

—No tengo.

Una pandilla de macacos, que se sentaba al fondo del salón (se sentaban allí a propósito para hacer desorden) comenzó a reírse. El puerco vio que se estaban riendo de él y se sintió morir. Pensó: “¿Acaso no me aceptan porque ellos tienen familia y yo no?”

Y el profesor, entonces, sintiendo lástima de él, resolvió contar un chiste, para que todo el mundo se riera y olvidara el

asunto. Era un chiste de un papagayo que tenía la manía de fingirse policía. Al puerco le pareció que el chiste era graciosísimo. Se echó a reír, no conseguía parar de reír, se rio tanto que acabó haciéndose pipí en el pupitre. El compañero de al lado se volvió hacia él y le dijo:

—¡Puerco! —y lo dijo con fuerza, con rabia.

La pandilla de macacos, al fondo del salón, soltó una carcajada.

El puerco dejó en seguida de reír y se quedó mirando asustado al compañero: era la primera vez que le decían su nombre. Y lo habían dicho de un modo que parecía que su nombre fuera un nombre feo. Sintió que el corazón le latía de prisa. Acabó la clase y el corazón continuaba latiendo con fuerza. El puerco salió de la escuela y se fue andando despacio, oyendo dentro de la cabeza la voz del compañero que le repetía: “¡Puerco!”

Los macacos pasaron corriendo. Le gritaron “¡Puerco!”, y desaparecieron.

¿Por qué decían su nombre de esa manera, poniendo tanta fuerza en el *puer*? Comenzó a sentir una cosa rara y mala que nunca había sentido antes. De repente vio lo que era: era miedo.

Él no tenía casa. Cuando hacía calor, dormía a la orilla del lago; cuando refrescaba se envolvía en un saco de estopa que había encontrado tirado, y se iba a buscar un montón de hojas secas o un tejadito cualquiera.

Esa tarde, sin embargo, estaba tan asustado que por primera vez pensó que le hacía falta un rincón. Sólo de él. Para poder cerrar la puerta bien cerrada. Para que nadie entrara. ¡Para que nadie le dijera puerco!

Corrió hacia el bosque, escogió un árbol bien viejo que tenía un tronco hueco, y resolvió que allí adentro se iba a hacer una casa. Arrancó cortezas de otros troncos, las remendó bien remendadas, trabajó la noche entera, hizo con ellas una puerta. La pegó al árbol. Del otro lado del tronco hizo una ventana, tan pequeñita que sólo podía mirar con un ojo. Ya era de día cuando se mudó: puso el saco de estopa dentro de la casa. Entró en el tronco y cerró la puerta. Bien cerrada.

Y de ahí en adelante las cosas fueron empeorando. Cuando aparecía algo sucio en la clase, decían en seguida:

—Sólo puede haber sido el puerco.

Y si algo desaparecía, decían:

—Es claro que fue el puerco.

Si lo veían solo estudiando en un rincón, en seguida se acercaba alguno para decirle:

—¿Estudiar para qué, Puerco? Tú siempre serás un puerco, tu vida será siempre una porquería.

Y bastaba que la pandilla de macacos oyera eso para que uno preguntara:

—¿Qué es la vida de puerco?

Y los otros comenzaban a gritar juntos:

—¡Porquería, porquería, porquería!

El puerco, entonces, desistió de estudiar y se salió de la escuela.

Aquel día, cuando pasó por el lago y se miró, ya no se vio bien, no jugó a hacer gestos, no pensó en abrazarse. Se quedó mirándose la cara en el agua como miramos algo que no nos gusta; se quedó mirando el nudo ciego que tenía en el rabo y sintió que nunca, nunca jamás, iba a poder deshacerlo. Después puso fuerza en la primera sílaba y dijo:

—¡Puerco! —y se fue, comprendiendo por el camino que la mayor desgracia de su vida había sido nacer puerco. Miró la vida. Ya no le encontraba nada bueno ni bonito. Y gritó entonces a todo lo que veía:

—¿Tengo la culpa de haber nacido puerco? ¿La tengo?

Nadie le hacía caso.

—¿Fui yo el que escogió nacer puerco?

Pero nadie le hacía caso.

Los ojos le ardían, así que apenas llegara a casa iba a llorar hasta más no poder. Apretó el paso: le habían dicho que un hombre sólo llora a solas y encerrado, y él (tan bobo que se lo creyó) se lo creyó. ¡Bobo! Tantas cosas que podría haber nacido: rey, príncipe, pavo real, corderito blanco que a todo el mundo le gusta, pajarrito, dueño de una fábrica de automóviles. Incluso podría haber nacido una casa bonita, o un árbol que todo el año da flores (o da mangos), tantas cosas que podría haber nacido, y él había nacido puerco! Corrió. Ya no podía aguantar las lágrimas. ¡Tenía tanta rabia! Tantas cosas que podría haber nacido, ¡y había nacido puerco!

Iba llegando a casa cuando, de repente, se preguntó por qué su vida tenía que ser siempre una porquería. ¿Por qué?

Paró, tomó aliento, se sentó en una piedra. ¿Y si buscara una salida? Se fue olvidando de las lágrimas, de la rabia, pero ¿qué salida?, olvidándose de todo lo que lo hacía tan infeliz. Miró hacia adelante, ha-

cia atrás, hacia los lados: nadie. Nadie que le ayudara a buscar una salida. Se quedó allí sentado. Mirando el suelo. Solo.

Mas no permaneció mucho tiempo solo; dos horas después tuvo una idea. Y antes de que se le escapara, la agarró bien agarrada y dijo:

—Ahora te quedas aquí conmigo, y punto.

